

CLEMENTE
SERNA GONZÁLEZ



Nace en la localidad burgalesa de Montorio en 1946.

Ingresa a los diez años en el Seminario Menor de Burgos y tres años más tarde en la Abadía Benedictina de Santo Domingo de Silos. Hace su profesión monástica en 1964 y es ordenado sacerdote siete años más tarde.

Cursó estudios de Filosofía en Silos, y de Teología en la Abadía francesa de San Pedro de Solesmes entre 1964 y 1970. Es Doctor en Teología Espiritual por el Pontificio Ateneo de San Anselmo de Roma, Diplomado en Archivística, Paleografía y Arqueología Cristiana, y profesor de Teología Espiritual con especialización en Patrística Monástica.

Entre otras responsabilidades, ha sido Secretario de la Sociedad Española de Estudios Monásticos y Maestro de Novicios en la Abadía de San Pablo Extramuros de Roma.

Desde 1978, es Abad del Monasterio de Silos y además de su labor intramuros, ha sido promotor de actividades sociales, culturales y artísticas, plasmadas en la creación de la Asociación Amigos de Silos (1990) y de la Fundación Silos (2000). En la actualidad, tiene en mente un nuevo proyecto que es la creación de un "Foro de Pensamiento" donde personas de toda raza, cultura, lengua y credos, puedan dialogar sobre valores humanos.

Es autor de varias publicaciones como "La Cuaresma y la vida monástica benedictina", "Para encontrar a Dios" y "Orar con María".

¿CRISIS?

Este vocablo es marcadamente breve. No obstante, si pudiéramos en fila india todas las veces que en gran parte del globo terráqueo se ha pronunciado la palabra "crisis" en estos últimos meses, seguramente podríamos gloriarnos de haber conseguido que diera la vuelta al globo terráqueo. La crisis es en realidad una constante en nuestra condición humana, así como también en nuestra condición espiritual. De hecho, sin crisis no hay síntesis. No hay en realidad vida verdadera, dado que vivimos porque estamos en momento continuo.

¿Por qué nos asusta la crisis? Muy sencillo, porque nos desestabiliza, nos "mueve la silla" en la que nos sentimos a gusto, cómodamente instalados, apoltronados. De este modo, pasamos en ocasiones de ser seres animados a ser seres sedentarizados. La seguridad estática, el "siempre se ha hecho así", es contraproducente para quienes somos "aves de paso". Por lo tanto, no podemos partir de una premisa falsa, ya que no siempre se ha hecho así, sino todo lo contrario. Además, nos olvidamos de que somos seres vivos, por lo que no podemos ni debemos fosilizarnos, entumecernos o agarrotarnos. Mientras vivimos en la tierra, hemos de estar en movimiento revitalizador, idealizador y realizador.

Es necesario, es de hecho imprescindible, tener conciencia de que nuestro mismo cuerpo está moviéndose permanentemente. Cuando no se mueve, se estanca y se pudre, como le pasa al agua que no corre. El agua, de hecho, se oxigena cuando brota y se despeña por los glaciares y manantiales de montaña. En ocasiones lo hace con encantadora tranquilidad y en otras, despeñándose, diseñando así impresionantes figuras que embelesan la vista y conmueven los sentidos más sensibles de nuestro ser.

Por lo tanto, estamos llamados a tener una mirada abierta e inteligente; una mirada "espiritual". Entonces nos damos cuenta de que todo ser que no se mueve es porque está muerto; porque le falta el movimiento, el dinamismo, la energía vital, que tiende siempre a ir al encuentro de todo aquello que le permite ser. Así es como puede llevar adelante proyectos con visos de mejorar más y mejor lo ya existente y de dar un sentido auténtico a todos y cada uno de los que nos movemos con el deseo de mejorar personal y socialmente.

Por lo tanto, la crisis no hemos de enfocarla como si de una calamidad se tratara. Por lo mismo, si no hubiera crisis, deberíamos provocarla. De hecho, la crisis nos invita y nos apremia a cuestionarnos el porqué hay crisis. Así nos esforzaremos en buscar cómo resolver las causas que la han provocado, con el fin de dar una respuesta sensata, verdaderamente humana, cayendo en la cuenta del porqué de la crisis y buscando el verdadero objetivo, que no es otro que "caernos del Olimpo", constatando una vez más, que no somos omnipotentes, ni tampoco eternos. De este modo, con

sensatez, aceptaremos, en cambio, que sí hay un Omnipotente: Dios, el Señor de la vida, el único capaz de hacernos felices, de darnos respuestas atinadas y lúcidas a todos y cada uno de los problemas que tenemos planteados, o que nos planteamos en nuestro caminar, tantas veces enloquecido y sin rumbo acertado, porque caemos fácilmente en la trampa de creernos que si podemos manipular nuestra realidad, ya somos omnipotentes.

Todo lo contrario, porque entonces nos enredamos en la utopía de pretender volar con alas de cera. Lo verdaderamente sensato es aceptar nuestras limitaciones; ser conscientes de que nuestra auténtica grandeza consiste en acoger a Dios en nuestro corazón, y hacerlo con amor, cantando con



nuestras voces y nuestras vidas a un Dios amor, que nos hace libres para que le amemos y, amándole, la crisis se desvanece ciertamente, porque se transforma en certeza y seguridad absolutas.

■ LA MIRADA DE JOSÉ LUIS CORTÉS

